

gravemente la creencia que profesa. Sean los discípulos de cada doctrina ricos en sabiduría y felices por la virtud».

«Sin embargo, como lo hace observar Fouillée, a pesar de su grandeza, la moral budista es demasiado mística y contemplativa: la idea de la caridad está admirablemente desarrollada; pero la idea de derecho no existe en ella. La resignación a la injusticia puede ser una virtud en ciertos casos, sobre todo si se trata de uno mismo; pero el sostenimiento de su derecho y del derecho ajeno es también una virtud, y la misma caridad manda no resignarse tan fácilmente a las injusticias que sufren nuestros semejantes... Las virtudes del ciudadano son desconocidas en Oriente; no se piensa más que en la santidad y en la existencia eterna».

El budismo no ha sido sino el desarrollo lógico del brahmanismo, respecto del cual ha sido en cierto modo lo que es el protestantismo frente a la Iglesia romana. Casi ha adoptado su moral, pero ha exagerado aún el lado escéptico; ha llevado hasta la locura la obligación de respetar todos los seres vivientes, ya recomendada por Manú. Su gran reforma consistió en romper, al menos desde el punto de vista religioso, la cadena de las castas. También ha mejorado la situación moral de la mujer, puesto que puede entrar en las órdenes y renacer espiritualmente como el hombre.

En resumen, en concepto moral y

social, el budismo ha representado en Oriente el papel del cristianismo en Occidente, y no es seguro que no haya servido de modelo a este último.

Uno y otro seguramente han propagado y desarrollado los sentimientos de humanidad, de caridad, pero enervando sus caracteres.

No hay duda que un gran soplo de humanidad eleva moralmente la religión de Buda: en ella se predica la igualdad fundamental de todos los hombres: «La piel, la carne, los huesos, la cabeza, se dice en ella, son las mismas en todos los hombres; los ornamentos y los adornos constituyen únicamente la diferencia». Hablando religiosamente, la mujer es igual al hombre... Pero nada más despreciable que la vida real; es un lazo de castigo; toda existencia es un mal y el bien supremo es el no ser, el Nirvana; la virtud suprema es el abandono de todo, la mortificación; la «sabiduría» búdica no es sino un nombre dado a la depresión y a la muerte de la energía.

Así ha sido como el ascetismo oriental, bajo la forma búdica como bajo la forma cristiana, llegó finalmente a la desmoralización efectiva por su negación de las virtudes civiles y de la acción<sup>1</sup>.

Y son precisamente esas virtudes las que constituyen el alto valor y la gloria del estoicismo, de que hablaremos en nuestro próximo artículo.

PAÚL GILLE

## La acción extraparlamentaria<sup>1</sup>

El pueblo se forma una idea muy falsa del papel y del poderío del mecanismo parlamentario.

Se cree que es en la máquina social un motor cuando no es más que un aparato registrador, algo así como estas básculas automáticas de las esta-

ciones de los ferrocarriles. Entregado a sí mismo, no se mueve lo más mínimo, por ruido que haga a veces. No entra en movimiento sino bajo la acción de una presión que venga de fuera.

Entonces la mayoría cambia de si-

<sup>1</sup> Tomado de *La Democracia y los hacendistas*, traducción de nuestro excelente amigo José Prat.

<sup>1</sup> Nosotros expresamos esta idea diciendo: el misticismo oriental conduce a la *parálisis asiática*. E. J. R.